





## El invierno del membrillero

No me había fijado en las hojas caídas o mejor echadas sobre la hierba junto al tronco del membrillero; había bajado a mirar la bomba del agua, a darle unos golpes para que el motor tanto tiempo parado se animara a subirnos agua a la casa, no se ponía en marcha y por un momento cerré los ojos y les pedí a los que una vez formaron parte de aquellos paisajes que me ayudaran, y así lo hicieron. Echadas sobre la hierba el viento había arremolinado de tal manera las hojas de los árboles que hay en la parte baja del huerto, que desde cierta distancia parecía como si alguien estuviese durmiendo y apoyase su cabeza en el tronco oscuro del membrillero, sobresaltado, giré la cabeza por el ruido que una ráfaga de viento terminaba de hacer entre las hojas correosas y secas de un matojo de cañas que crecen junto al camino y detrás justo, vi unas pequeñas sombras que se ocultaban entre aquella maraña de duros y huecos vástagos. Sin poderlo remediar me puse nervioso, al recordar que aquellas imágenes me habían venido en sueños la noche anterior:

Era un grupo de cinco o seis personas de pequeña estatura con faldones de color gris y botas que les llegaban hasta las rodillas con un agujero en la parte trasera, justo por encima del tacón, por donde les salía un espolón amarillo como si fuesen gallos de pelea, el grupo de hombrecillos rodeaba a un hombre ya de edad, algo más alto que ellos que calzaba un par de grandes zapatos con los cordones desabrochados que al pisárselos los que le rodeaban le impedían andar y salir de aquel corro en el que le tenían prisionero, hasta que en un momento de rabia el hombre alzó un bastón que llevaba y tocando una nube que había en el cielo, comenzó a llover ahuyentando a los hombrecillos que se refugiaron entre las cañas que crecían junto al camino por donde poco antes aquel hombre había aparecido caminando. Entre las cañas los hombrecillos se cruzaban extrañas miradas y palabras sin sentido alguno, mientras se empujaban unos a otros para entrar en aquella estrecha y oscura madriguera en donde se supone que vivían. El hombre anduvo unos pasos y sentándose junto al tronco de un árbol comenzó a abrocharse los zapatos. “Con gusto –dijo- iría descalzo y si me quitase estos viejos y pesados zapatos, seguro que no me cansaría tanto”. Pasaron pájaros volando y la nube que había en el cielo cambió de sitio, mientras se oía el estrépito que los zapatos hacían al caer entre las cañas, donde los hombrecillos los hicieron desaparecer... Después en el sueño hay un recuerdo único que se transforma.

Si hubiese querido el hombre, el viento que en esos momentos soplaba con fuerza hubiese llevado sus zapatos por encima de los árboles, pero él con un simple movimiento de cabeza los dejó caer donde se encontraban escondidos los hombrecillos, que se llevaron un gran susto al verse venir aquello sobre sus cabezas, el hombre no pudo evitarlo y comenzó a reírse. Ese día –dijo a entender- había amanecido más tarde y puso en hora su reloj de sol que colocó en una de las ramas del árbol, que comenzó a vencerse por el peso del tiempo que aquel pequeño artilugio llevaba encima, hasta que él la sostuvo con su mano, que nada más tocar aquella rama se llenó de flores blancas, de ese blanco limpio que tienen las flores de los membrilleros. Alzó de nuevo su bastón y tocó la nube que se había quedado quieta en un rincón del cielo y el agua de lluvia mojó su cara y las flores de aquel árbol. “Hay paisajes –dijo antes de echarse a descansar sobre la hierba -, que parecen vivir alejándose”... Los árboles son los mismos, una higuera, olivos y un membrillero que apenas se deja ver por las cañas que crecen al borde del camino.

Los brazos del hombre se alzaban como si en sueños, con sus manos, quisiera sostener aquel cielo tan particular de una sola nube.

Al despertar de un sueño, los instantes soñados no se siguen unos a otros, ellos se desenvuelven, tienen su propia vida; su curso no es el nuestro. Los sueños nos revelan una eternidad que nos es la superación del tiempo:

No terminaba de ver lo que tenía delante y la cuesta se me hacía interminable, detrás la oscuridad que se adueñaba del barranco con las últimas luces de la tarde, era como una amenaza, sólo la silueta de la loma de la Calera me indicaba que iba por buen camino. "Los que tienen miedo se detienen para mirar hacia atrás". Los árboles y las sombras me hablaban. Incluso el humo de la chimenea del cortijo no sabía a donde ir. Hasta que el viento hizo su aparición y con él una veleta que fue creciendo de tamaño y se adueño de todo el tejado de la casa, era como un dedo que indicaba la dirección a los pájaros y al humo que comenzó por fin a alejarse.

Todos los que caminan hacen ruido, mis pies eran como hoces que segaran la hierba y era el viento el que se encargaba de hacer gavillas con ella. De cada pie de olivo salía un rebaño de ovejas y cabras que se lanzaban con rapidez sobre los haces de hierba para satisfacer sus estómagos vacíos. Por suerte, cuando llegue a la era, por una franja del cielo apareció el sol y lo ilumino todo, la hierba nos llegaba hasta la cintura dejando ver solamente la cabeza y los cuernos del ganado que allí pastaba. Soplabla el viento. La pequeña casa estaba allí con sus paredes encaladas. El calor animaba el canto de los insectos. De un salto, un zorro de cara risueña se plantó en mitad del camino, le brillaba el pelo y mientras se giraba para mirarme, con su cola recogió del suelo una gorra de militar y se la colocó en la cabeza, fue entonces cuando me fijé en sus ojos picarones y risueños y en el pequeño bigote recortado que adornaba el labio superior de su cara, era la viva imagen de mi padre en una fotografía de soldado que se hizo en la mili en el año 1936. Nos miramos. Y sin esperarlo se puso a llover suavemente; cuando me di cuenta ví como se alejaba y al llegar a donde el camino se partía en dos, junto a un hermoso alcornoque, le salieron dos perros que le acompañaron en animada conversación hasta que los perdí de vista.

\*\*\*\*\*

El run-run del motor que llevaba el agua a la casa era ya imperceptible, subí la cuesta hasta la altura donde se encuentra el depósito, el agua caía en su interior con más fuerza y alegría que otras veces. Un día de primavera en un 30 de diciembre. Desde ese lugar se ven los cortijos vecinos, se siente el peso del aire entre los pinos. Es un día claro y los gallos cantan como locos, vuelvo a llamar para preguntar por mi padre, terminaba de irse para siempre, cerré los ojos y lo vi perderse, al tropecito, vereda abajo, con ese pelo brillante que tienen los zorros viejos en invierno.

**El Algarabejo, 30 de diciembre de 2006**



